rido le hace poca gracia tener un cuñado mahometano, y dice que mayor deshonra no podría caer sobre mi familia...

Requirió Lucila á Jerónimo para que le dijese el nombre arábigo que en su vida musulmana usaba Gonzalo, y Ansúrez dijo que habiendo interrogado sobre ello al buen don Jacob, éste pronunció una gran retahila de voces que eran como si echase fuera el aliento para volverlo á tomar, escupiendo sílabas, una por una, después de enjuagarse con ellas. "Como yo no entendía nada de aquel murmullo - añadió Ansúrez sacando de su bolsillo una mugrienta cartera, y de ésta un papel, -le rogué á don Jacob que me lo escribiera con letras castellanas, para ver de aprendérmelo de memoria... Aquí lo tienes. Por más que he trabajado en retener estos terminajos, aún no puedo pronunciarlos de corrido. En el largo rótulo se dice que Gonzalo se llama como Mahoma, que es hijo mío, y que ha estado en la Meca, lo cual es tener como un divino certificado de fiel creyente.,

Leyó Lucila en el papel este nombre de nombres, trazado con elegantes rasgos que parecían de cálamo más que de pluma: Sidi El Hach Mohammed Ben Sur El Nasiry. III

"Madrita, también á tí te gustan los militares... no me digas que no... Bien conozco que te gustan, picarona... No pasa tropa formada, con música, sin que te asomes conmigo á verla..., Esto decía Vicentito á su madre, ambos en el balcón, viendo la cola de un regimiento que desfilaba con marcial ritmo hacia el centro de la Villa. Ya llegaba la banda á la casa de Cordero; ya la vanguardia de chiquillos, fascinados por los graciosos aspavientos que hacía con su bastón de porra el tambor mayor, se espaciaba en la Puerta del Sol; ya la bandera iba más allá de Platerías, replegada, firme como una antena en mar tranquilo; las últimas filas de la formación, semejante á un inmenso anélido, pasaban bajo los balcones de Lucila. Esta respondió á su hijo, acariciándole el cabello: "Miro á los soldados porque te gustan á tí, tontín. Si no fueran tu delirio los soldados, yo ni los miraría siquiera.

-Estos soldados son los más guapos que he visto. Llevan uniformes nuevos. Les he mirado el número, que es un 7.

-El 7 es Africa.

-¿Africa el 7? Y luego dices que no entiendes de tropa. Si sabes todos los números de la infantería de Línea y de Cazadores, ¿por qué no me los enseñas?

-Conozco algunos... muy pocos... núme-

ros sueltos que se aprenden sin saber cómo.

- Yo no sé pasar de los primeros: 1, Inmemorial del Rey; 2, Reina; 3, Príncipe; 4, Princesa; 5, Infante... No has querido enseñarme más.

-Pues sigue la cuenta: 6, Saboya; 7,

Africa ...

— Y más, más, madrita... dímelos todos. — No sé, no sé, hijo... No te pongas pesado. ¿De dónde quieres que sepa yo esas cosas?

-Un día... bien me acuerdo... pasaban

Cazadores, y tú dijiste: 11, Arapiles.

—Sí... ese número sé por casualidad... por casualidad sé otros, como 28, *Luchana*. —¿Cazadores?

-No, hijo: Luchana es de Línea.,

Însistió el gracioso chiquillo; pero su madre tuvo arte para poner punto final á un tema que la mortificaba. Como la mañana estaba fresca, hízole retirar del balcón, acomodándole en el sofá de Vitoria con blanda colchoneta, donde pasaba las lentas horas. Se aproximaba la de la visita del médico, que de día en día hacía más lisonjeros augurios... Llegó el doctor más pronto de lo que se esperaba, y mientras duró el examen de la pierna y se hizo la cura, mortificando grandemente al pobre chico, riñó á éste y á la madre porque no se observaba la quietud indispensable para la curación. Debía Vicentito moderarse en sus entusiasmos militares y ecuestres, esperando mejores días para entregarse á ellos. Lloriqueaba el enfermo, no

tanto por el dolor de la cura, como por ver que se le tasaban los goces de su ardiente afición. Halconero le consolaba con la promesa de traerle una colección de vistas de batallas que, puestas dentro de una caja negra, se miraban por un cristal de aumento, y ello resultaba como si estuviese uno en medio del campo de acción viendo pelear á moros con cristianos. Era la campaña de los franceses en Argel, en láminas iluminadas, que parecían la verdad misma, todo muy propio y con su color natural. Con esto se fué sosegando el chico, y resignándose á la quietud. Solo con su madre otro día, al caer de la tarde, le dijo: "Me estaré quieto si tú estás conmigo siempre, y me cuentas cosas, aunque no sean cosas de militares. A tí te quiero más que á nadie, y todo lo que me dices me lo creo, aunque sea mentira..., Entretúvole Lucila con diversas historias, mitad verídicas, mitad inventadas por ella: consejas de animales, de cacerías de leones, de naufragios terribles, de islas que salían del mar y se volvían á meter en él, de milagros estupendos y apariciones de vírgenes en un árbol, en una peña, en una gruta...

"Espérate un poco, madrita—dijo el chico con jovialidad picaresca,—que tengo que hablarte de una cosa. Ahora me acuerdo, por las apariciones que me estás contando. Hace tres noches, aquella noche que saliste con padre á dar el pésame al señor de Centurión porque se le murió su mujer... Pues aquí se quedaron mi abuelo, don Bruno y

Juanito, el amigo que yo quiero más, porque lo que dice parece cantado.

- Juanito Santiuste es un magnífico cantor de historias. ¡Lástima que no vaya al Congreso!.. A veces llora una oyéndole: no se puede remediar.

—Pues aquella noche habló de tí... Dijo que tú eras, no sé cuándo, la mujer más hermosa que había en el mundo...

-¡Jesús, qué disparate!

—Que él no te había visto; pero que lo había oído... que eras tan guapa como la Virgen, y que en un castillo te apareciste... sin zapatos... quiere decir, con pies como los de las estatuas, y que los que te vieron aparecer se cayeron al suelo encandilados de ver tu hermosura...

—¡Jesús! Hijo mío, no hagas caso. Juanito quería burlarse de los que le escuchaban.

No, no, que lo decía muy serio, ¡vaya!... El no lo vió; pero se lo contaron, y en Madrid está quien lo sabe... ¿Fué milagro, madre? Juanito dice que salió en papeles y hasta en un libro... No me lo niegues... Explícame tú cómo te apareciste. ¿Venías del Cielo? ¿Bajaste volando? A mí no me niegues nada. Y si te apareciste por arte del diablo, dímelo, que yo te guardaré el secreto.

Chiquillo, no sé si enfadarme ó reirme
 respondió Lucila prefiriendo la demostración de gozo.
 Disparates sin pies ni cabeza es lo que os contó Juan. Como que Juan es loco. ¿No lo has conocido? Dicen que tie-

ne mucho talento, y que repite todo lo que habla ese Castelar...

— Es verdad, madrita. Loco parece Juan algunas veces. Aquel día, cuando se puso en medio de la sala, y mirándote á tí, que entrabas de la compra con mantón y dos cebollas en la mano, te soltó aquellos gritos de...¿Cómo era, madre?

-"¡Virgen democracia, yo te saludo!" Nos moríamos de risa oyéndole, y él, con

nuestras risas, se dislocaba más.,

La entrada de Jerónimo y de Leoncio Ansúrez, que venían de la calle, desvió la conversación hacia puntos de mayor interés. La guerra empezaría pronto. Ya se habían dado las órdenes para la movilización de fuerzas, concentrando batallones en Cádiz, Málaga y Algeciras. El bueno de Leoncio, aunque domesticado por las dulzuras de la familia, tiraba siempre al monte de las aventuras guerreras, como genuino celtíbero, y ya no pensaba más que en ir á campaña. Su habilidad de armero le aseguraba la incorporación en cualquiera de los Cuerpos de ejército ó en el Cuartel general. Un famoso general le estimaba por su destreza y prontitud en la compostura de toda clase de armas de fuego. Seguiría, pues, la formidable corriente que á todas las actividades españolas arrastraba hacia la tierra berberisca. Lo único que le entorpecía la voluntad era el desconsuelo de separarse de su mujer y de su hijo. Quería que mientras él estuviera en Africa, Virginia y Lucila viviesen jun-



tas, acompañándose las mujeres y los niños, con lo que la soledad de Mita sería más llevadera. Desde luego accedió Lucila, y Halconero, que á la sazón entró, dijo que su mayor gusto era dar albergue á la mujer de Leoncio, mientras éste anduviera en el servicio de la patria. Todo español estaba obligado á prestar su ayuda al glorioso ejército. También él se pondría las botas, si no estuviera tan viejo y achacoso. ¡Qué gusto plantarse en Africa, á la zaga de la tropa, y allí, si no podía batirse, fregar las cacerolas del rancho, ayudar á la colocación de tiendas, ó dar el pienso á los caballos!.. El hombre vibraba de entusiasmo, y no quería que se hablase más que de guerra y de las indudables hazañas que, antes de consumadas, ya andaban en lenguas de la gente. La opinión enloquecida escribía la Historia antes que la engendrara el Tiempo.

Cuando acababan de cenar, entró Juanito Santiuste, habitante en casa próxima, amigo de Halconero por la amistad de Leoncio. Solía concurrir á la sobremesa del buen hidalgo campesino, y como por su trato se revelaba excelente muchacho, ameno, decidor, y cantor de ideales generosos, Halconero y Lucila veían con gusto su compañía, y le celebraban las gracias oratorias. Conviene decir, ante todo, que Santiuste, después de mil peripecias en su romántica y azarosa vida, había vuelto á las primitivas aficiones literarias. La realidad le hizo ver que no le llamaba Dios por el camino de la he-

rrería mecánica, y que mejor que armas de fuego, construiría poemas, cuentos y artículos de periódico. El mismo Leoncio, que le había tomado grande afecto, le empujó hacia el sendero angosto de las letras, que entonces empalmaba con el ancho camino de la política. Sucedió además que, cuando menos lo esperaba, le cayó un destinillo como llovido del Cielo, que le permitía vivir sin ahogos. Vieron algunos en esto la mano blanca, escondida, de Teresa Villaescusa. Podía ser: sin duda fué ella la deidad bienhechora; mas no dió la cara, y aparecía como protector el Marqués de Beramendi. Ello es que á Juanito le vino Dios á ver: se proveyó de ropa decente; pudo acomodarse en una casa de huéspedes de mediano trato; erigió sobre su cabeza el sombrero de copa, prenda indispensable del empleado y literato; frecuentó círculos donde jamás había puesto los pies, y, en fin, tomó airecillos de importante personalidad. Bien merecía el pobre salir de la tenebrosa obscuridad y miseria en que había vivido, y espaciar en ambiente de cultura su corazón hermoso y su despejada inteligencia. Era colaborador gratuito de más de un periódico, y en uno solo cobraba por sus trabajos míseras cantidades, que á él le parecían los tesoros de Creso; tan hecho estaba el hombre á la pobreza degradante.

Apenas le vió entrar Halconero, le pidió noticias. El, como periodista, solía llevarlas frescas, y cuando no las tenía, las inventaba,

WE TO SPINE ADMINISTRATIONS OF THE SECOND SE

llegando á creer en conciencia que eran la verdad pura: "Ya tenemos plan de campaña. Dividido el ejército de Africa en tres cuerpos, ya están designados los generales que han de mandarlos. Estos son Echagüe, Ros de Olano y Zabala. Pero hay más, hay más: se dice que irá también Prim.

-¡Prim... Prim! -repitieron con más curiosidad que asombro las bocas de Halconero, de Ansúrez, y de don Bruno Carrasco, que á la sobremesa llegó minutos antes que

Santiuste.

—Prim ha venido del extranjero á escape y le ha dicho á don Leopoldo: "¿Pero qué es esto? ¿Yo, Prim, no mando tropas en Africa?," Y dice O'Donnell: "Habéis llegado tarde, General. Los jefes de los tres cuerpos de Ejército están ya nombrados.," Y Prim: "Bien. Pero si no hay cuerpo de Ejército, habrá una brigada, un regimiento, un batallón, una compañía que yo pueda mandar.," A esta manera de pedir no podía responder O'Donnell más que creando una División de reserva para que al frente de ella luzca el de Reus su bizarría...

-¡Prim!...¡oh!—repitieron las bocas de todos, expresando con dos monosílabos la admiración dubitativa del héroe inédito, cuya leyenda estaba á medio formar.

Luego tomó Santiuste la flauta, y dijo: "¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que antes de ver realizadas las hazañas ya las da por hechas! Lo que la Historia no ha escrito aún, lo ve la Fe con sus ojos ven-

dados. Creer ciegamente en el fin glorioso de la campaña, equivale á la realidad de ese fin. Ved cómo las madres pobres de las aldeas no se afligen de ver partir á sus hijos para el Africa. Oid á los viejos, que, como Horacio, pronuncian el terrible ique mueran!... si muertos sellan con su sangre el honor de España. Ved cómo la nación entrega cuanto posee, para que nada falte al soldado. Aquí dan dinero, allá provisiones, acullá las damas destejen con sus finos dedos las telas... quiero decir que sacan hilas para curar á los heridos. Quién da caballos, quién mulas... Los pueblos ricos dan zapatos; los pobres, alpargatas. Los obispos empeñan la mitra, y los catedráticos sacrifican parte de sus míseras pagas...; Espectáculo admirable, sublime, que nos consuela de las vulgaridades y miserias de la política!,

El sagaz Ansúrez agregó á los toques de flauta estas prosáicas observaciones: "Aún no sabemos lo que será O'Donnell como General en Jefe del ejército de Africa: es de creer que sepa conducirlo y acaudillarlo con la mayor ventaja nuestra y daño grande del enemigo. Esto lo veremos. Lo que no tiene duda es que el buen señor se acredita con esta guerra de político muy ladino, de los de vista larga, pues levantando al país para la guerra y encendiendo el patriotismo, consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa, y sientan lo mismo, como si un solo corazón existiera para tantos pechos, y con una sola idea se alum-

braran todos los caletres. ¿Les parece á ustedes poco? Esto es lo más grande que se ha hecho en España desde que yo nací, y me alegro, pues en mi larga vida no he visto más que trifulcas entre españoles, guerra de sangre, de discursos, motines, y persecuciones de éstos contra los otros...

—El Progreso—afirmó don Bruno Carras co poniendo en la declaración toda su seriedad de paquidermo, —ha plegado su bandera política y ha enfundado sus agravios ante la declaración de guerra, hecho que á todos los partidos impone un silencio patriótico,

y una expectación patriótica...,
Puesta á un lado la flauta, cogió Santiuste el cornetín, y tocó estas cláusulas vibrantes: "El ideal de la patria se sobrepone á todos los ideales cuando el honor de la Nación está en peligro. Puede la Nación vivir sin riquezas, sin paz, y aun privada de los bienes del progreso puede vivir; pero sin honor nunca vivirá. O lava con sangre los ultrajes hechos á su nombre y representación, ó arrastrará una existencia de vilipendio, despreciada de todo el mundo.

Así siguió un rato; pero como no hiciera su música el efecto que buscaba, soltó el cornetín, cogió la trompa, y soplando en ella con toda su fuerza, produjo estos bélicos sonidos: "¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de Castilla, el castellano Cid, verle junto á nosotros y tocar con nuestra mano la suya, y poder abrazarle y bendecirle en la realidad, no en libros y pa-

peles! Reviven en la edad presente las pasadas. Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de las Navas, y en las manos de los otros caudillos, la espada de Cortés, el mandoble de Pizarro y el bastón glorioso del Gran Capitán. Las sombras augustas del Emperador Carlos V y del gran Cisneros, nos hablan desde los negros muros de Túnez y de Orán. La epopeya, que habíamos relegado al Romancero, vuelve á nosotros travendo de la mano la figura de aquella excelsa y santa Reina que elevó su espíritu más alto que cuantos soberanos reinaron en esta tierra, la que al clavar la cruz en los adarves de Granada, no creyó cumplida con tan grande hazaña su histórica empresa, y con gallardo atrevimiento y ambición religiosa y política, nos señaló el Africa como remate y complemento del solar español. Al volar desde este mundo al cielo, donde la esperaba el premio de sus virtudes, Isabel orde nó á sus herederos que arrebatasen á la Media Luna el suelo mauritano, español suelo, y formasen el futuro reino de España con los extremos de los dos continentes. El bravo mar que entre ellos corre no los enemista y separa, sino antes bien los une y acaricia, besando ambas orillas con alternados ósculos, y cambiando entre una y otra signos de paz y amor. Del Pirineo al Atlas. todo será España.,

IV

Vibraban todos los presentes al son de estos roncos trompetazos. Lucila, sin poder impedir que se le saltaran las lágrimas, decía: "Este Juan es un loco, que dice tonterías bonitas., Halconero, deshaciéndose en entusiasmo que le mantenía rebelde al sueño, mandó traer Jerez para festejar al trompista y regalarse todos. Cogiéndole un momento aparte, Lucila dijo à Santiuste: "Hágame el favor, Juanito, de no contar estas cosas tan rimbombéricas cuando esté mi nino delante. Yo quise acostarle; pero cualquiera le arranca de aquí cuando viene usted con estas tocatas. Mírele allí junto á su padre, comiéndosele á usted con los ojos... Se trastorna, se desvela, y luego las malas noches me tocan á mí: no es usted quien las pasa. Ya tenemos jaqueca para toda la noche con lo que usted ha dicho del Cid, de Cortés, de Pizarro y del Gran Capitán ó del Gran Teniente... Buena la hemos hecho. Acostadito el niño y sin poder dormir, empiezan las preguntas; y yo, que soy tan ignorante, me veo negra para responderle. Con que hágame el favor de dejar la trompa cuando esté aquí mi hijo; coja el flautín ó la zambomba, y cuéntenos algo que nos entretenga y nos haga reir...

El buen Jerez prodigado por Halconero avivó los fuegos patrióticos de la tertulia,

cuidando el amo de la casa de ser el primero en las alegres expansiones. Alborotadamente trataron de diversos puntos relacionados con la guerra, y Carrasco y Santiuste afirmaron que Moros y Cristianos son en alma y cuerpo diferentes, como el día y la noche. Ansúrez, cuya natural capacidad ilustraba todas las cuestiones, sostuvo que las apariencias de desemejanza las daba, más que la religión y el lenguaje, el hecho de no existir en la Morería lo que aquí llamamos modas. El moro no sabe lo que es esto. Sus armas, sus vestidos, sus hábitos, sus alimentos, se perpetúan al través de los siglos, y lo mismo se eternizan sus modos de sentir y de pensar. Aquí, por el contrario, tenemos la continua mudanza en todo: modas en el vestir, modas de política, modas de religión, modas de filosofía, modas de poesía. Ideas y artes sufren los efectos del delirio de variedad.. Hoy se llevan estas corbatas; mañana serán otras. Hoy se gobierna por este sistema; mañana será por el contrario. Filósofos y sombrereros, poetas y peinadoras, tienen su figurín distinto para cada quince años. Al otro lado del Estrecho les dura un figurín, para todo, la friolera de diez ó doce siglos... Y así, hemos dado en creer que esta permanencia es señal de poca ó ninguna civilización, lo cual no es justo, pues ni ellos son bárbaros por no conocer las modas, ni nosotros civilizados por tenerlas y seguirlas tan locamente. La civilización consiste en ser buenos, humanos y

tolerantes, en hacer buenas leyes y en cum-

plirlas...

No expresó el agudo celtíbero estás ideas en la forma que aquí se les da, sino con la frase seca, desnuda y categórica que usar solía. Las presentes páginas sólo transmiten textualmente el final, que fué de este modo: "Entre las cosas santas y buenas que nos recomendó Jesucristo al fundar nuestra doctrina, yo no he podido encontrar nada que sea recomendación de las modas. Dijo: "amaos los unos á los otros,; pero no dijo: "sed veletas en el pensar y en el vestir, en el comer y en el edificar., Y aunque nada dijo de estas veleidades de los hombres, entiendo que las condenó en el Desierto cuando el Demonio quiso tentarle. Sabéis que le llevó á un alto, y mostrándole toda la tierra, se la ofreció en dominio si le adoraba. Para mí que le dijo: "Ahí tienes el mundo de las modas: adórame y será tuyo., El Señor, á mi parecer, contestó: "Vete al infierno tú y tus modas, y no tientes al Señor tu Dios.,

Sin comprender la sutil argumentación del viejo Ansúrez, los amigos la tomaron á chacota, y por divertida más que por razonable la celebraron... Y á otra cosa. Aunque Lucila llamaba disparates á las huecas declamaciones del joven de la trompa, y se burlaba de él por disimular su devoción de las cosas guerreras, se alegraba de verle entrar, y no perdía sílaba de sus peroratas, exuberantes de elocuencia y de histórica poesía. Clavijo, Santiago. los Alfonsos, el

Cid, la cruz de las Navas, la cruz del Cardenal Mendoza, la cruz de Lepanto y otras famosas cruces; las torres de Granada, las carabelas de Colón, los tercios de Flandes y demás estrofas sublimes del gran poema, conmovían todo su sér, y le disparaban el corazón á un palpitar loco; de su pecho irradiaba un calorcillo que encendía en su rostro matices de embriaguez dulce. Cierto que procuraba repeler hacia adentro la emoción; pero no siempre lo conseguía, pues la viveza y humedad de los ojos desmentían las burlonas palabras.

Una noche, acostando á Vicente, después de curarle la pierna con amoroso cuidado, el chiquillo le dijo: "Madrita, estoy enfadado

contigo... pero muy enfadado...

-Yo te desenfadaré, si me dices pronto en qué ha podido ofenderte tu madre.

-¡Zalamera! Estoy enfadado por tres co-

sas... tres perradas me has hecho...

-¿La primera...?

—Que le dices á Juanito que no nos cuente cosas de guerra... para que yo no me despabile... Pues bien te gustan á tí las cosas de guerra. ¿Crees que no te he visto llorando cuando Juan contaba lo que hizo Hernán Cortés en la Habana... ó en otro punto de las Américas, no sé...? El hombre quemó sus navíos para que los hombres que iban con él no pudieran volverse acá, y luego se metió, espada en mano, por un río arriba, y conquistó un imperio de negros más grande que de aquí á la Villa del Prado... Luego te

pregunto yo: "Madre, ¿quién era ese Hernán Cortés?," Y tú me respondes: "Un vago, un

perdido

—Tiempo tienes de saber esas cosas, hijo del alma. Ahora estás enfermito, y no conviene que te calientes la cabeza, ni que pierdas el sueño. ¿Y de dónde sacas tú que soy yo guerrera? ¡Vaya una tontería! Yo no estoy en el mundo más que para cuidar á tu padre, á tí y á tus hermanitos, y las guerras de hoy, como las de tiempos pasados, me importan un bledo. Naturalmente, una es española, y cuando tocan el chin chin de las glorias de esta tierra, el corazón baila un poquito... Segunda cosa...

—Que tú, por llevarme la contraria, y porque se te ha metido en la cabeza que yo no sé montar, has escrito al tío Gonzalo... ó será mi abuelo el que ha escrito, no sé... habéis escrito para que el tío no me traiga el caballo que me prometió. ¡Y yo aquí con esta pierna tiesa!... Pues te digo que así no me curaré nunca. Ya puedo doblar la rodilla sin que me duela mucho... ¿Ves cómo la doblo? Yo te digo que no me ha de costar trabajo apretar los muslos para agarrarme bien, ni meter espuelas con gana para correr... ¡hala!... correr como el viento.

—¡Ay, bobito mío... pues no estás poco avispado con tu caballo árabe!... Espera, espera un poco. La semana que entra, dice el médico que podrás andar con muletas... Lo que hemos escrito á mi hermano el moro, es que tenga preparado el caballo, y la silla,

y todo, para cuando se le avise... Ahora, la tercera cosa.

-Pues... no quería decirtelo... pero te lo digo... Ya sabes que una noche contó Juanito que tú te aparecistes en un castillo, y que al verte aparecer, los que allí estaban se cayeron al suelo del susto y de... de... de ver lo guapa que eras... Eras como la Virgen, ó como otras vírgenes que hubo antes de la del Pilar y la del Rosario... Yo no sé... Juanito te comparó con unas vírgenes, santas ó no sé qué... Para que se vea si eres mala. ¡Aquéllos que estaban en el castillo te vieron aparecerte, y no quieres que te vea tu hijo! Si tú te desapareces y vuelves á salir cuando te da la gana, ¿por qué no lo haces delante de mí para que vo te vea? Todas las noches te pido este favor, y tú te ríes y me mandas á paseo.

—Y ahora también me río, bobito, porque esas apariciones son cuentos y desvaríos de Juan. Yo me aparezco... cuando entro por esa puerta. No he aprendido otra manera de

hacer mi aparición.

—Bueno, bueno... Sigo muy enfadado, madrita... No creas que me desenfado con tus besos, con tus carantoñas... Y para que veas si soy bueno, me voy á dormir... No tendrás que chillarme, ni decirme que te estoy martirizando... Me dormiré ahora mismo... ya me estoy durmiendo... y no soñaré nada, no quiero... Dijo don Bruno que mañana, mañana... pasará mucha tropa... mucha tropa... Salen para la guerra... de aquí

van á la guerra... Va el tío Leoncio... esta tarde lo dijo... Yo me asomaré á ver la guerra... la tropa que va á la guerra... pum,

pum; chan, charanchán...,

Se durmió como un ángel, á quien Marte arrullara en sus brazos. No fué tan dichosa Lucila, que padeció inquietud y desvelo hasta muy alta la noche, mortificada por visiones y pensamientos lastimosos, y por el desasosiego de su marido, con quien compartía el no muy ancho tálamo. Daba vueltas sin cesar sobre sí mismo el buen don Vicente, llevándose tras sí sábanas y mantas, con lo que quedaba desamparada de abrigo la dama celtibera. Y sobre tantas molestias, el rico labrador pronunciaba frases incoherentes, cortadas por estruendosos regüeldos; cantaba el himno de Riego y la Marcha fusilera, dejando oir entre estas músicas alguna vaga modulación de alarido patriótico, como ecos lejanos de un tumulto callejero.

Con paciencia sufría la esposa estas incomodidades, y en la cavidad verdinegra del insomnio revolvía historias pasadas y presentes. La mirada de su hijo, dulce y quejumbrosa, con que expresaba su ardimiento militar cohibido por la cojera, permanecía estampada en la retina de la madre. Eran los ojos de Vicentín negros como los de ella, luminosos, bañados en esa tristeza cósmica que envuelve las estrellas, así en las claras como en las obscuras noches. En los ojos del niño guerrero veía Lucila algo como la

regresión de un ideal que ella tenía por muerto y desvanecido; ideal que salía de su tumba para volver á la realidad viviente. También Lucila había sido guerrera, y la gallardía militar, así en los hechos como en las personas, fué objeto de su culto. Llevóse el diablo estas aficiones; cambió el teatro de la vida de la joven celtíbera, y desgarrada una decoración, pusieron otra que hizo olvidar la pasada idolatría... Pues ahora, un niño inocente, precoz, enfermo, imposibilitado hasta de jugar con cosas guerreras, hacía que por la decoración nueva se transparentasen las líneas y colores de la

antigua...

Otra cosa: no eran estas reapariciones de lo pasado el único suplicio de Lucila en sus horas de insomnio. Debe decirse con claridad que, desde su casamiento, ningún hombre, fuera de su buen marido, cautivó su corazón. Pero en mal hora vino el espiritual Santiuste á desmentir la regla general. No le quería, no hacía ningún cálculo de amor referente á él; pero posaba con harta frecuencia su pensamiento en la persona del desgraciado joven, como un ave cansada de volar por los espacios altos del deber. Por su cuñada Virginia conoció á Santiuste; por Leoncio supo su miseria y desamparo, y la dignidad con que el muchacho soportaba tantas desventuras. A menudo se decía: "¿Pero cómo se arreglará ese hombre para vivir con tanto apuro?... ¿Será verdad que le quería una mujer del mundo llamada

> UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTEC/ UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Teresa? Y si le quiso y le quiere, ¿cómo le consiente tan destrozadito de ropa y tan

vacío de alimento?...

El cambio de fortuna del cantor de la edad heróica colmó de satisfacción á Lucila... ¡Gracias á Dios que el pobre chico podía vivir, aunque modestamente! ¡De buena gana le habría ella cosido y arreglado la ropa, y regalado unas botas decentes para entrar con pie seguro en la nueva vida! Si le gustaba por pobre desvalido, más le agradó por las bondades de su corazón, que claramente en toda ocasión se manifestaban, y por la rectitud inflexible que movía sus acciones. Su inteligencia y saber, su facundia prodigiosa descollaban en aquella sociedad vulgarísima como el águila caudal entre humildes y rastreros patos. Y cuando, por la declaración de guerra, desenfundó Santiuste la trompa y empezó á soltar notas de epopeya, si todos le oían con admiración, Lucila se arrebataba interiormente en un fuego de entusiasmo, que en su seno escondía con violentos disimulos. El ideal guerrero tan pronto revivía en los ojos del niño doliente, como en los labios de aquel otro niño grande que jugaba con el Romancero.

Interrumpió estas cavilaciones de la celtíbera la claridad del día que por las rendijas de la ventana se colaba, y ante ella puso la señora término á su mental suplicio, y se lanzó del lecho, dejando al esposo en postura de tranquilidad, panza arriba, estiradas las extremidades, y echando de su abierta boca los ronquidos como el resoplar cadencioso de una máquina de vapor. Vistiése á prisa la hija de Ansúrez, ávida de lanzarse al trajín casero, que era como el organismo supletorio de su sér moral... Ya no pensaba más que en despertar á la muchacha, sacándola á tirones de su camastro, y en encender lumbre. Luego prepararía el desayuno de Jerónimo, que era el primero en dejar las ociosas lanas; el de los niños, que aún dormían como pajaritos apegados al calor del nido. Pronto llegaría el panadero... Ya se sentían en la escalera los pasos de plomo del aguador... Empezaba el día, la rutina normal y fácil, el conjunto de menudas obligaciones que, al modo de tejidos de mimbres, forman el armadijo consistente de una existencia mediocre, honrada, sin luchas.

V

Los niños menores, Pilarita y sus hermanillos Bonifacio y Manolo, contagiados de los gustos del primogénito, despreciaban toda clase de juguetes para consagrarse al militar juego, aprovechando el material de guerra desechado por Vicente: cañones, tropa y oficialidad de cartón ó de estaño, banderolas, espadas de palo y morriones de papel. La niña, desmintiendo su sexo apacible, era la más brava en las marchas, en las escaramuzas y refriegas, que algún día le valieron solfas de Lucila en semejante par-